

Cincuenta números UNA peseta

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

El progreso... y la carabina de Ambrosio

Al comentar Bonafoux la situación actual de Rusia, dice retundamente que aquello es un coienpiés.

¿Por qué?
Porque salir de todo un zar para entrar en una serie de zaritos sería cómico, si no fuera profundamente triste.

En su famoso discurso de Moscú, Kerenski ha dicho que está resuelto a dejar sentir el mismo poder que ejerció el zarismo.

Pues ¡para sus hijos...!
Cuando se esperaban voces dulces de libertad, de igualdad y de fraternidad... no se oyen más que gritos de seremos implacables! ¡Hay que dominar por la sangre y por el hierro!

«¡Venga la pena de muerte con todo su rigor!»

«¡Hay que barrar los malvados!»
Bonafoux se encara con progresistas y republicanos y les espeta verdades como puños.

«El progreso! (eso que llaman progreso).»

«¿En qué consiste?»
El Progreso (progresista) y la carabina de Ambrosio, todo es uno.

«Sabéis en qué consiste?»
«En que unos señores se aparean mando, otros dinero, y otros mando y dinero.»

«Celebrase como gracia la canalada del «vivo» y se divulga en libros y en periódicos que la cuestión es llegar, que el dinero no tiene olor y que un cintajo tapa todas las macas.»

«República!»
Según Bonafoux, la única república posible es la que ofrece mayores defectos que la peor de las Monarquías.

«Republicanos... Lo que es en España, no hay más que dos tipos de republicanos: los arribistas y los ilusos.»

«Los arribistas son los ambiciosos que no pueden escalar altos puestos en la Monarquía y aspiran a la idea de República como un ar-

ma para subir y satisfacer sus codicias y ansias de mando.

Los ilusos republicanos de buena fe—¡puedan pocos!—como los sociarios de buena voluntad, creen cándidamente que los hombres son unos ángeles, y que lo que necesitan es libertad. Que la humanidad es un pobre rebaño aprisionado en jaulas de hierros y lo único que hace falta es romper los barrotes de la prisión.

Estos se ven siempre sorprendidos por el mismo fenómeno.

En cuanto se rompen los hierros de la jaula, las fieras se despedazan disputándose la presa.

Siempre lo mismo. Siempre se pasa de Herodes a... Kerenski.

LUIS LEON

¡Qué pavor!

Ayer he visto a un sujeto en un hotel de primera que con tembloroso acento, como el que tiene gran pena, me ha colocado un discurso a modo de conferencia sobre el pavoroso trance que hoy España atraviesa. ¡Qué profunda angustia! ¡Qué miedo de las substancias, que son, según él decía un pavoroso problema! Y mientras, iba engullendo lengua escarlata, rellena; lomo en filetes, besugo; chuletitas de ternera; tortilla al rom, pepiñillos, pescadillas; berenjenas; biscuit glase; peladillas; cabelle, membrillo y peras.

—¡Ah!... No sabe usted, amigo, —me decía con gran pena— lo que llevo cavilado sobre ese grave problema de falta de comestibles que está causando la guerra.

Y al decir esto, tragaba un pepiñillo en conserva, mientras su rostro cubría una nube de tristeza.

Como éste son muchos prójimos que anuncian con mucha pena mil pavorosos desastres, que a los demás amedrentan, y dicen que viene el caos, y que perece el planeta, y que se hunde el firmamento y se caen las estrellas, y luego van de bureo, no pierden ni una verbena, y van a aplaudir gozosos,

en la sala de un cinema, a la Bella Pingajitos que a la moral pisotea, y de puntapiés al arte, de España para vergüenza.

PIFARTOS

Alrededor de la Paz

LAS GARANTÍAS

En lo único que hasta ahora convienen ambas partes beligerantes, como condición para la paz es en que no debe ser pasajera, sino estable; para lo cual exige de un lado y otro garantías que la aseguren y consoliden. Pero ¿cuáles han de ser éstas?—Cada uno las querrá como solista defensa y guarda de sus intereses. En éstos precisamente está la dificultad para entenderse.

Estimamos nosotros más atendibles, por más legítimos, los de Alemania: intereses políticos, intereses comerciales, la seguridad de sus fronteras, la de su expansión comercial; no pide otra cosa; quiere sólo no verse expuesta a otra sorpresa, a otra conjura; que por nadie se pongan trabas a su comercio, que es su vida. Aunque otra cosa crean, o aparenten creer sus enemigos, no quiere más conquistas que las de mercados para dar salida a los productos de su industria; y esto por una necesidad vital de su robusto organicismo.

Exige esta condición la libertad de los mares y de los Estrechos; y como consecuencia la cesación de la hegemonía sobre ellos de Inglaterra. Nada debe entorpecer el tráfico de las naciones. Exige, también, que no entorpezca después los intercambios una conjura comercial.

La seguridad de su territorio exige a su vez la absoluta neutralidad de Bélgica, que no pareció por parte alguna en esta guerra. Bélgica es para Alemania el talón vulnerable de Aquiles. Por ella le puede venir la sorpresa de parte de Francia o de Inglaterra. Por eso a nadie debe extrañar que construyera tantas líneas férreas

en dirección a esa frontera, con que poder salir inmediatamente al encuentro de un invasor.

Quiera el mundo o no lo quiera, mientras otras precauciones no se tomen, el paso obligado, por más fácil, entre la Europa occidental y la Central, será Bélgica, y por su suave topografía y fertilidad de sus campos, el *Bosque de Bolonia de los desastres de las Naciones*, en frase feliz de Napoleón el Grande—También dijo que Amberes es una pistola apuntada al corazón de Inglaterra; y habría que tratar en poder de quién ha de quedar esa arma, y si ha de estar cargada o descargada. Dependerá de que sea un hecho o no el desarme, y del alcance que a este se le dé.

Inglaterra, probablemente, no saltará conforme con él. Ella querría que desarmase Alemania; pero destruir o desartillar ella sus acorazados?... ¡cal! ¿Acabar con el militarismo prusiano? Bien. ¿Acabar con el navarismo inglés? No.

Por supuesto que eso del militarismo ya hemos dicho muchas veces (y hay que repetir, porque también lo repiten ellos) es un fantasma, una de tantas invenciones de los aliados. Se llama militarismo, no más, a la fuerza militar, al ejército alemán, a la fuerza de Alemania, puesto que toda ella es ejército. La misma Inglaterra encontraba justificada su existencia antes de la guerra.

¿Quiere el lector una prueba?

En 1.º de Enero de 1914, el mismo Lloyd George, que hoy dirige los destinos de Inglaterra y que tantas veces habla de ese militarismo, escribía en el «Daily Chronicle» que el ejército de Alemania era condición precisa para la existencia de esta nación, AMENAZADA POR FRANCIA Y RUSIA.

En cambio, después, el coronel Repington, dijo en el «London Magazine»: «Ante todo veremos siempre un país oceánico y independiente naval; pero nuestras fronteras imperiales continuarán asemejándose a LA CIRCUNFERENCIA DEL GLOBO, y se parecerán a las de los imperios a la medida de que el poder naval lo es todo.—Nuestro pueblo tuvo y tiene la